



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 11251

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extras
e s.—Tres meses, 11:25 id.—La suscripción se contará desde 1º
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 13 DE ABRIL DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lotte y G. Oudart
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

BUSCANDO LA SALIDA

Caro, horriblemente caro están pagando los americanos el pecado de ambición que cometieron arrebatándonos las Filipinas.

En aquellos días de Agosto del pasado año, en que desoyuntados por las derrotas continuadas pedíamos la paz, todo era júbilo en Washington. Mac Kinley saboreaba la rápida victoria que ponía en sus manos extensos territorios ganados sin combate; y en tanto que el presidente se entregaba gozoso a sus sueños de ambición, la estúpida muchedumbre americana rugía de satisfacción y orgullo pensando en los negocios pingües que les brindaba la posesión de Cuba y Filipinas.

No ha transcurrido un año y ya comprenden que no estuvieron afortunados en los cálculos; echaron la cuenta sin la huésped y ésta les ha salido respondona, en tal grado, que si se prorroga algún tiempo el estado actual de Filipinas, va a convertirse nuestra antigua colonia en cementerio de los sobrinos del tío Sam.

Ya no saborea el presidente su victoria de Filipinas; ya no grita la grey americana pidiendo a todo trance nuestros despojos; ya le parece que estuvieron desacertados al exigir de España las colonias de Oriente, porque allí están recibiendo el castigo de su mal proceder.

Luzón se está tragando al ejército americano; el amigo de ayer, convertido en enemigo encarnizado y lenaz, lo acecha en la emboscada y lo aniquila sin compasión; y como si la guerra de guerrillas, nueva para los yanquis, no fuera suficiente para destruirlos, el clima los enerva y los agota.

Tarde comprenden los americanos su yerro, cuando ni lugar para el arrepentimiento les queda.

Su ambición desmedida los ha metido en una guerra sin término, de la cual desean salir a todo trance por procedimientos diplomáticos, pues cualquier otro medio que busquen para salir del conflicto será indecoroso y humillante.

Ante los obstáculos con que infructuosamente luchan para dominar la rebelión, se les ocurre ahora hacer con Inglaterra un cambalache, por el cual venga esta potencia a hacerse cargo de las Filipinas a cambio de la cesión de la Jamaica a los Estados de la Unión.

Pero los ingleses no quieren sacar a los yanquis la castaña del fuego. Los aliados de Inglaterra serán muy anglosajones, pero sus colegas de Europa saben donde les aprieta el zapato y no quieren estropearse los pies en Filipinas.

Ya lo dice con voz unánime la prensa de Londres: «Inglaterra sería una nación insensata si cediera la posesión pacífica de sus colonias americanas a cambio de la posesión problemática de las que les ofrecen sus congéneres del nuevo mundo».

Ya lo saben los hijos del tío Sam: no hay remedio para sus males; ellos los buscaron y deben sufrirlos mientras el amor propio les dé resistencias. Cuando aquél se agote, pueden reembargar su gente y enterrando antes en las playas de Manila la vergüenza, retirense a su país cerrando los oídos a la rechilla general.

Quien tal hizo que tal pague.

MI GUITARRA

Los ojos de mi morena son como niños traviesos; que unas veces dan disgustos y otras, caricias y besos.

En la puerta del olvido hay un letrero muy grande con letras negras que dice: quien aquí entra, no sale.

No me pidas que te olvide cuando tanto te he querido; olvidame tú, si puedes que yo, te querré lo mismo.

Cuando estoy contigo a solas yo no sé cómo entenderlo; «Vete» me dicen tus labios y tus ojos, ¡qué me quede!».

Cuando yo me esté muriendo acércate mucho a mí que mientras vea tus ojos pelaré por vivir.

CLORIS.



Las tropas anglo-españolas derrotan a los franceses en Castilla.

13 de Abril

El 12 de Abril de 1813 acometió la columna del general Suchet, a la inglesa de Adara, vanguardia de la división Murray—apostada en el puerto y angosturas de Biar.

El británico, por tener orden de replegarse a Castilla, rebujó entablar un combate serio, y con gran pericia disputó el paso a los imperiales y al llegar la noche se retiró con orden al mencionado Castilla.

Engredo Suchet por los triunfos que había conseguido en Yecla y Villena, no vaciló en proseguir la marcha en dirección a Castilla para encontrarse con todas las fuerzas de Murray, por lo cual era inevitable el choque entre franceses y angloespañoles.

Comprendiéndolo así el jefe de éstos, dispuso sus fuerzas en las cercanías de Castilla, formando la izquierda con las tropas de Adara y la división mallorquina de Whittingham, situadas en unas escabrosas alturas casi inaccesibles al centro con la división de Mackenzie, encargada, además, de cubrir el pueblo y la derecha con la de Clinton.

Formaban la reserva tres batallones españoles mandados por don Felipe Roche.

Tales preparativos los llevó a efecto Murray durante la noche, y por esto cuando al amanecer del día siguiente llegaron los imperiales, en número de 20000, a la hoya de Castilla se encontraron preparados al enemigo para cualquier combate.

Instantáneamente Suchet, previo un reconocimiento practicado hacia Oñil, amagó simultáneamente toda la línea enemiga, enviando al mismo tiempo una fuerte columna de tropas escogidas sobre las alturas que defendían los españoles de D. Santiago Whittingham.

Estos, reforzados por las tropas del célebre D. Julián Romero, rechazaron con valor la briosa acometida de los franceses, a quienes causaron importantes bajas.

Reforzada la columna con cuatro batallones, emprendió un nuevo ataque, para desgracia de las armas napoleónicas, con tan mal ó peor éxito que el anterior.

Los ataques llevados a efecto simultáneamente contra la derecha y centro también fracasaron, y en vista de ello y de que ya había registrado más de mil bajas entre muertos y heridos, Suchet ordenó la retirada, por escalones que sorprendió empujado por las tropas de Murray, que formadas en dos líneas persiguieron al enemigo largo trecho, hasta que entró en los desfiladeros de Biar.

Hernando de Acevedo.

(Prohibida la reproducción.)

CRONICA TEATRAL

(DE NUESTRO SERVICIO ESPECIAL.)

Sin Bayreuth.—El consuelo que nos queda.—Un teatro en el suelo.—Allá veremos.—Profeta en su patria.—Sin voto.—El Guerra y Wagner.—En la Comedia.—Compañía italiana.—En Lara.—Apolo con magia.—Maravillosas.—Lo que prepara un actor.

La empresa del teatro Real, ha enviado ya a la prensa madrileña el sueldo «oficial» en el que declara que la cantada compañía de Bayreuth no viene a Madrid y fija un plazo para la devolución del importe de los abonos hechos, que no serán muchos.

Nos hemos quedado, pues, sin la tragedia wagneriana, y todo lo más que podemos oír de ópera este verano será la de con gotas, y al aire libre en los jardines del Buen Retiro, a la economía en algún otro teatro, grande que haya disponible.

El Príncipe Alfonso, ya deprimido por completo y que en Bruayara se había arrendado para ópera, ha pasado ya a la historia.

La empresa del Real dice que el año que viene se realizará su proyecto, allá veremos.

Por el pronto, indestina aparte, ya hace tiempo que vaticinamos que el Bayreuth primavera no se llevaría a la práctica y hemos resultado profetas en nuestra patria.

No he hecho falta que el Ministerio de Fomento, accediendo a las gestiones de otra Empresa, pusiera un veto a la del Real. La gente, por lo visto, prefiere los toros a la música, ota por el Guerra y desdén a Wagner, y el año no, termómetro seguro para apreciar el calor con que se acogen los proyectos de una empresa, ha marcado muy pocos grados y el público no ha respondido a los anuncios exagerados ni a los multipolizos carteleros.

D. Luis París, no ha tenido más remedio que decir como el D. Simplicio de «La pata de cabra»: «Puesto que don Leonor no me quiere, renuncio a su mano generosamente».

En la Comedia, continúa actuando la compañía italiana que dirige la señora Mariani. Están poniendo en escena un portorio moderno desde «Zaza» hasta «La Dama de las Camelias».

La compañía, sin ser mala, ni mucho menos, deja en conjunto que desear por la razón de resultar muy desigual. La Sra. Mariani desocella sobre todos como una actriz de primer orden, inspirada, a veces genial, acertadísima siempre.

El Sr. Paladini es igualmente un actor discreto é inspirado que domina admirablemente la escena, pero el resto de los actores que forman la compañía Mariani, fuera de un par de ellos, los demás casi no llegan a medianías.

El público, aunque no siempre ojienda lo que le dicen en la lengua de Manzoni, acude a llenar el lindo teatro del Príncipe.

Ahora se está representando «An-

—Permitidme, señora, os diga, contestó Ana María, que se había encerrado ya en su diplomática reserva, que no necesito de grandeza alguna de alma para presentaros a su majestad; pero decidme: ¿no habeis podido ser engañada? Si sois en efecto hija reconocida del rey don Carlos II, secretamente sin duda, las pruebas de vuestro nacimiento deben existir originales entre los papeles reservados de la corona: ¿estais segura de que existen esas pruebas?

—Segurísima.
—¿Y estais tambien segura de que su majestad el rey don Felipe V querrá reconocer, aceptando una herencia de este género del señor rey Carlos II?

—Espero que vos, camarera mayor de su majestad la reina, me abrires camino.
—Indudablemente, señora: tened la bondad de decirme dónde se os podrá avisar del día en que haya de recibir os su majestad.

—Aquí, en palacio.
—¿En palacio!
—Si, si señora: no tengo casa, y me aposento en el alcazar.

XI

Apesar del dominio que la princesa de los Ursinos tenia sobre sí misma, pasó por sus ojos una rápida expresión de impaciencia.

—Bien, si, dijo: ¿pero dónde os habeis de aposentar? Se necesita una orden del rey.

—Sin ella me aposentaré aquí, señora; por mejor decir, estoy ya aposentada.

Azucena permanencia muda é impasible.

—¿Aquí? ¿En el aposento de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves? dijo la princesa.

—¿Dónde mejor que en el aposento de mi hermana?

—¿De vuestra hermana? Veo, señora, permitidme que os lo diga, que vuestra razón es débil: tal vez el ascetismo, vuestras prácticas religiosas...

—¡Oh! si señora, si; Azucena es mi hermana, dijo Ursula, mirando, fijamente a la princesa, y de tal manera que la desconcertó.

Creyó que Ursula estaba en el secreto.

—¿Qué pruebas tenéis de lo que decís? exclamó.

—Azucena ha sido súbitamente elevada desde hija del gitano Bizarro a marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, grande de España y dama de honor

—Pero las pruebas, señora, las pruebas.
—No sois vos la que debéis conocerlas, sino el rey.

—Pues bien, dijo la princesa violentándose para dominar su contrariedad: voy a presentar a su majestad.

—Prevenidme cuanto queráis, con tal de que me presentéis.

—Pues bien, hasta dentro de media hora, dijo la princesa.

Y haciendo una reverencia y un besamanos a Ursula, por lo que pudiera suceder, salió.

XIII

—Esperad, esperad, dijo Azucena: voy a desarmarla: la habeis irritado; la habeis tratado con demasiada dureza y ella lo puede aquí: ¡todavía! no me detengais, señora, es necesario no perder el tiempo.

Y Azucena salió.

Cuando hubo desaparecido entre las tapices de la puerta, Ursula se acercó rápidamente a ellos, los entreabrió y vió que Azucena desaparecía por entre los tapices de otra puerta.